

La pluma de Cervantes

Vicente Quirarte

Para mí sola [la pluma] nació Don Quijote y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno.

Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de la Mancha*

A LO LARGO DE LOS ÚLTIMOS 14 AÑOS los maestros responsables de fabricar la pluma Mont Blanc diseñan y producen anualmente un modelo conmemorativo, de edición limitada, en memoria de un escritor clásico. Existen también aquéllas dedicadas a músicos y directores de orquesta, mecenas y, recientemente, a divas. La aparecida para recordar a Greta Garbo es un poema desde el estuche que la contiene. La sinuosidad de la curva en la cintura de la pluma y una perla completan el justo homenaje a la estrella que decidió ocultarse antes que sus devotos tuvieran conciencia de que había dejado de iluminar el cielo. Sin embargo, para la mayor parte de los leales amantes de la pluma fuente son las dedicadas a otros animales de pluma las que generan un particular horizonte de expectación. La lista de preferencia de Mont Blanc, su canon de escritores clásicos, genera una emoción sólo semejante a la que despierta la lista de finalistas al premio Nobel, con la excepción de que en aquella otra nómina los autores están muertos y, sin embargo, más vivos que nunca. En la lista figuraban, hasta el año pasado: Ernest Hemingway, Voltaire, Oscar Wilde, Edgar Allan Poe, Marcel Proust, Charles Dickens, Jules Verne, Agatha Christie, Friedrich von Schiller, Francis Scott Fitzgerald, Alexandre Dumas, Franz Kafka.

Este 2005 la compañía dedica por primera vez su pluma a un escritor de lengua española. El homenajeado es, y no podía ser de otra manera, Miguel de Cervantes Saavedra. Con su ascenso a la cima del Mont Blanc, y el número 4810 en su punto –la altura en metros del monte más elevado de Europa– Cervantes se convierte en el escritor más longevo de Mont Blanc, como el más joven lo es Fitzgerald. La figura espigada de un hidalgo manchego cuya sublime locura lo conduce a cambiar el mundo con la generosa convicción de

los años verdes y la de su rústico y leal escudero llevan cuatro siglos de vivir en la imaginación de sus lectores e inclusive de aquellos que, sin haber tenido acceso a las páginas del libro que recoge sus aventuras, saben de su fama. Sólo diecisiete mil plumas Cervantes se han fabricado, y en ese número habrían de llegar a sus orgullosos poseedores que, de manera optimista, también serán sus fieles usuarios. Decir la lengua y la pluma de Cervantes son lugares tan comunes que a fuerza de repetirlos olvidamos su incuestionable peso. *Don Quijote de la Mancha* es la obra literaria más importante de nuestra lengua, a la que con orgullo y justicia llamamos de Cervantes. Sin embargo, *Don Quijote* es más que un arquetipo y un símbolo: es la esencia del humanismo, la cima y la crítica de las novelas de caballería, la alabanza de la justicia y el triunfo de la imaginación sobre la vulgaridad, del deseo sobre la realidad. Una pluma que lleve su nombre deberá, por lo mismo, ser empleada con la misma responsabilidad con la cual emprendemos la relectura del *Quijote* y, si somos lo suficientemente afortunados y vírgenes, una primera y siempre nueva lectura.

Los diseñadores de Mont Blanc se han afanado en que cada modelo de pluma reúna las características de la persona o la obra del escritor a la que está dedicada. La Cervantes es metálica y laqueada a fuego en tonos que van del sepia al café profundo, tan castellanos como su ilustre personaje: sus seis anillos dorados ciñen su cuerpo como si fueran aros de barril. Su clip es un aspa y en el punto ostenta el cuerpo de uno de esos molinos manchegos que el héroe quiso ver como gigantes en los campos de Criptana, cuando caballero y escudero se dirigían al puerto de Lápice. No hay aventura más célebre en el libro, y ha dado origen a numerosas metáforas e

interpretaciones. Aunque la sublime locura de don Quijote lo prohíba, partamos primeramente de la realidad comprobable. Como advierte César Vidal en su erudito *Diccionario del Quijote* (Barcelona, Planeta, 2005), había en efecto molinos en La Mancha, “y se relacionan con la necesidad de paliar la sequía que sufrió España durante la primera mitad del siglo XVI y que llevó, por ejemplo, a que algunos ríos, como el Záncara, no corrieran durante más de cuarenta años”. Don Quijote los enfrenta convencido de que lo que tiene frente a sí son gigantes y que “es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra”. Tras la audaz acometida que hace el caballero, jinete y cabalgadura saltan por el aire. Y la lanza queda astillada.

Las numerosas obras que a lo largo del año centenario han aparecido son prueba de los innumerables diálogos que



eruditos, lectores hedonistas y expertos en diversas disciplinas han establecido con el Quijote y con Cervantes: lecturas gastronómicas, amorosas, médicas, filológicas. Cervantes y el Quijote son un género literario y uno de los más grandes logros de la especie humana. Su heroica piedad, su valiente defensa de los valores, son la prueba mayor de su permanencia y necesidad. De ese vasto catálogo de obras interesa resaltar las que encuentran los temas de siempre con diferentes enfoques. Por ejemplo, Andrés Trapiello, cuyo libro *Las vidas de Miguel de Cervantes* lleva en la portada de su edición popular (Barcelona, Destino, 2005) la fotografía de un molino manchego

como los enfrentados por el héroe. Las figuras humanas al pie del mismo bastan para señalar la escala y explican por qué don Quijote pudo confundirlos con gigantes, de la misma manera en que los actuales molinos de viento aún existentes en España evocan las máquinas de *La guerra de los mundos* de H. G. Wells en su más reciente versión cinematográfica. Al hablar de las armas, Trapiello escribe: “El drama de don Quijote consistió en querer cambiar con armas viejas, llenas de orín y fuera de uso, los entuertos y desgastados del presente. Es decir: cambiar con las armas del pasado un presente para el que han perdido toda eficacia”. Del mismo modo, la pluma fuente es un ejemplo de esta arma presente que mantiene los usos del pasado.

Para subrayar aún más la aparición del molino como emblema de la pluma Cervantes, recordemos que la edición príncipe –de papel humilde y tipografía rústica– de *Don Quijote* se hizo con papel procedente del molino papelero propiedad de los monjes del Paular. En un ensayo dedicado a los medios de producción en la época de Cervantes, Fernando Bouza habla de la abundancia y transformación del papel. Una vez que éste había sido utilizado para escribir, era reciclado para la impresión u otros fines.

En cambio, para la escritura manual, ante todo de cartas y memoriales, parece haberse buscado papel y tinta de mayor calidad... Aunque había plumas metálicas de latón, que se reservaban para trazar los caracteres del cuerpo más grueso, para la escritura manual se solía recurrir a plumas de ave, buscándose cañones que fueran gruesos, redondos y suficientemente duros. Una de las primeras cosas que debían aprender los escolares era, precisamente, a cortar sus plumas, haciéndoles una hendidura en el lomo y recortándoles la punta en pico con una suerte de estilete.

Cuando Cervantes escribió *Don Quijote* se valió no de una, sino de varias plumas. La velocidad de ejecución de la escritura dependía de la cantidad de tinta que la pluma pudiera contener. El lapso entre la inmersión de la pluma en la tinta y su regreso al papel constituía un compás de espera que permitía la respiración de la prosa, la carcajada de piedad o el desencanto que al autor le causaban seguramente los duelos y quebrantos, pero también las alegrías de su criatura.

El silencio y la escritura. Marguerite Duras escribía en cafés porque de tal modo se sentía contemplada. Paradójicamente, su intención era estar sola en medio de la multitud, como el meditabundo Baudelaire que en el lienzo de su amigo Gustave Courbet lee, concentrado y soberbio, en medio de la orgía que lo rodea. En su libro *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes*, Margit Frenk analiza

las distintas maneras de transmisión oral de la literatura, y el modo en que la ortografía tomaba en cuenta no sólo al lector sino también al escucha. La lectura de obras, sobre todo de entretenimiento y gozo, como lo era el *Quijote*, era un ejercicio comunitario. Y ahora que la lectura en voz alta es un hábito que cada día se pierde más, con el consecuente empobrecimiento del lenguaje oral y del escrito, recuerda nuestra erudita: “A partir del siglo xvi el libro fue enmudeciendo poco a poco; pero mientras le quedaba todavía algo o mucho de voz, el lenguaje de la lectura continuó circulando libremente entre los dos polos: la vista y el oído”.

Cervantes escribió en un silencio relativo. La pluma de ave, fuerte y tosca, raspaba el cuerpo del papel de trapo, se injertaba en él como si quisiera formar parte de su cuerpo, como si la tinta fuera semen, sudor, lágrimas. Sangre del creador que animaba de tal modo a su criatura. Cervantes tuvo el privilegio, sin saberlo, de vivir en el reino del papel, lejos del imperio efímero de la realidad virtual, cuando nadie se atrevía a darle el humillante sinónimo de *soprote*. Eran tiempos heroicos en todos los sentidos y, como todo cuanto es auténticamente heroico, en ese tiempo las cosas se hacían por honor y por gloria, sin cuestionar su valor pragmático.

El ritmo de escritura de entonces era otro. Ya desde el siglo xviii un matemático francés soñó con una “pluma sin fin”, es decir, una que no tuviera que sumergirse constantemente para escribir. Sin embargo, no sería sino en 1888 que el norteamericano Edson Waterman perfeccionaría el sistema de capilaridad que permitiera el paso paulatino de la tinta y su almacenamiento en un depósito que garantizaba al escriba cierta autonomía y le dejaba el placer de cargar su herramienta. No se conserva ninguna página autógrafa de *Don Quijote*. Entonces no existía el culto al manuscrito, a menos que se tratara de documentos oficiales u otro texto que señalara una fecha miliar en la vida privada del poderoso o en la memoria de la colectividad. Cervantes escribió la primera parte de su libro “al abrigo del clarísimo nombre del duque de Béjar”, pero hoy es la firma del protegido la que ostenta el capuchón de la Mont Blanc y hoy su nombre es el del patrono de una lengua patrimonio de millones de hablantes.

Hace cuatrocientos años que Don Quijote, y con él Miguel de Cervantes, cabalgan por el mundo. Los mismos años, los escritores han utilizado la pluma, la tinta y el papel para traducir y transmitir sus pasiones. Hace siglo y medio que la pluma de ave dejó de utilizarse como instrumento de escritura, para ser sustituida por la pluma de acero que, no obstante la revolución que en todos los sentidos significó, no pudo evitar que aún en este nuevo milenio el significante

pluma continúe designando al instrumento de escritura que ha adquirido autonomía y versatilidad, pero que a cambio ha perdido su individualidad. Sin embargo, entre su aparición a fines del siglo xix hasta los tiempos inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, fue el instrumento de combate más utilizado por los nuevos caballeros andantes: con una de ellas escribió José Gorostiza *Muerte sin fin*, Alfonso Reyes su inagotable obra, José Vasconcelos el *Ulises criollo*. Quien tiene el valor para ser poseído por una pluma fuente y al mismo tiempo acepta cuidarla como un caballero cuida su lanza, su espada y su adarga, y utilizarla para los más altos fines, es semejante al proceso de escritura del Quijote, donde se concentra el genio del idioma. De la misma forma, una pluma Mont Blanc no es costosa por la riqueza de sus materiales sino también, como el Quijote, por el conjunto de elementos que contribuyen a su perfección, solidez y permanencia: “Troquelados de cinta de oro, prensados en moldes, soldados, rectificados, redondeados, pulidos en casi cien pasos diferentes, cada plumón Mont Blanc adquiere del maestro un aspecto inequívoco y un alma muy individual decorada artesanalmente una por una”.

Que Cervantes haya ingresado a la galería de escritores de la Mont Blanc tiene múltiples consecuencias. No es el triunfo de la frivolidad ni de la moda sino del heroísmo. Heroísmo de la lengua, heroísmo del símbolo, heroísmo del eterno y auténtico caballero andante que hoy se llama Peter Parker, Indiana Jones, Ernesto Guevara, Rubén Bonifaz Nuño, subcomandante Marcos o Efraín Bartolomé. Como se dijo antes, tras la aventura de los molinos de viento la lanza del caballero queda mellada. Hoy la pluma fuente y sus hermanos parecieran también sufrir en su existencia las abolladuras propias del caballero andante que vuelve a la aventura, consciente de las heridas que le aguardan. La pluma está astillada pero no vencida. “Un hombre puede ser destruido pero no derrotado”, escribió Hemingway, el escritor cuyo nombre inauguró la galería de animales de pluma que Mont Blanc consagra a sus adalides. Hemingway y Cervantes fueron doblemente guerreros. Al poner nuestros ojos y nuestra voz en sus palabras, al copiarlas con la frescura líquida de la tinta y la pluma fuente, de nuevo cabalgan y nos hiere el fulgor de su heroísmo. •

VICENTE QUIRARTE es poeta, ensayista, dramaturgo y narrador. Es director de la Biblioteca Nacional y miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua. Sus obras más recientes son *Del monstruo considerado como una de las bellas artes* (2005), *Nuevos viajes extraordinarios* (2005) y sus obras de teatro *Yo es otro* y *Hay mucho de Penélope en Ulises* (2005).